

Milagros Martínez-Flener, *¿Independencia inevitable? La América española en los informes de los diplomáticos austríacos en España (1808-1825)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2022, 189 p.

La investigación de Milagros Martínez-Flener posee la virtud de ofrecer el análisis de documentos pocas veces explorados para el estudio de las independencias americanas.<sup>1</sup> Los reportes de los diplomáticos gozan, según la autora, de crítica, análisis certeros y mayor objetividad comparados con la prensa y las crónicas de viajeros necesarias para reconstruir la historia política decimonónica de cualquier país. Así, la autora presentó los informes diplomáticos como una fuente en sí misma suficiente para estudiar los movimientos político-sociales de América y Europa. Dichos documentos comunicaban la situación de España, el concierto militar europeo y el surgimiento de Estados en el Nuevo Mundo.

El libro está dividido en una introducción y tres capítulos. En el prolegómeno la autora justifica su trabajo considerando que el papel de los diplomáticos resulta fundamental para reconstruir la Historia de las relaciones entre las naciones. Martínez presenta un análisis historiográfico pertinente resaltando la ausencia de investigaciones sobre su objeto de estudio. El libro comienza en 1808 -con la invasión francesa a España- y concluye en 1825 -cuando la Real Audiencia de Charcas declaró su independencia-. La documentación que sustenta esta investigación se encuentra resguar-



<sup>1</sup> Una excepción a la regla es, por ejemplo, Timothy Hawkins, *A Great Fear: Luis de Onís and the Shadow War against Napoleon in Spanish America, 1808-1812*, Alabama, University Alabama Press, 2019.

dada en el Archivo Estatal de Austria, subsección Archivo de la Casa y de la Corte.

En el capítulo primero titulado “La diplomacia austriaca y el contexto de las independencias americanas”, Martínez propone una periodización para entender las relaciones diplomáticas entre Austria y Europa. Dado que Francia ocupó España en 1808, las relaciones entre Madrid y Viena resultaron constantemente interrumpidas hasta la salida de las tropas galas. Entonces la primera fase arranca en 1815 y concluye tres años después caracterizándose por las discusiones del congreso de Viena y el equilibrio político en Europa. La segunda fase (1819-1822) se distinguió por las propuestas de Gran Bretaña y de Estados Unidos para reconocer internacionalmente los puntos revolucionados en América en contraposición a la diplomacia austriaca que aconsejaba a España instaurar reyes borbones en tronos americanos. La tercera fase (1823-1826) se identificó por la sugerencia austriaca de que España aceptara la Independencia de sus posesiones rebeldes a través de un pago. Austria repudió la emancipación de los territorios americanos dado que su reconocimiento estaba condicionado al español (principio de legitimidad), a diferencia de Gran Bretaña y Estados Unidos que sí re-

conocieron a las naciones emergentes americanas. La última fase (1827-1842) se caracterizó por la muerte de Fernando VII y el reconocimiento español de las independencias americanas. En el año de 1842 Austria publicó un edicto imperial que permitía el comercio con Perú, Venezuela, Chile, Uruguay, Paraguay y Argentina. Esta última fase, si bien no es profundizada, debe considerarse como una invitación para realizar nuevos estudios sobre el inicio de las relaciones diplomáticas entre Austria y los países emergentes americanos. Este capítulo también presenta una biografía colectiva bien lograda de los cuatro diplomáticos austriacos destacados en España entre 1806 y 1825: Wilhem Genotte, Johann Provost, Alois von Kaunitz-Rietberg y Lazzaro Brunetti. La autora descubrió que Kaunitz y Brunetti pertenecían a la nobleza mientras que Genote y Provost a una burguesía profesional capaz de ascender por la meritocracia y desempeñar papeles significativos en el ramo diplomático. Sin embargo, su acceso a los círculos de la alta nobleza fue imposible.

El capítulo segundo titulado “Las independencias americanas en los informes diplomáticos austriacos”, presenta las fuentes de información escritas y orales de que los diplomáticos austriacos echaron mano para

redactar sus reportes. Entre las primeras destacan la prensa española y periódicos provenientes de Inglaterra, Estados Unidos y de puntos rebeldes (Buenos Aires) así como cartas procedentes del interior de España y de Gibraltar (en manos británicas), de Inglaterra y de diversos enclaves españoles de América (Santo Tomás, las islas Vírgenes y Panamá). Las fuentes orales, por su parte, son producto del cruce de información entre ministros, otros diplomáticos e incluso con el rey de España. Las tripulaciones de los barcos, los pasajeros e informantes anónimos complementaron el núcleo de información de los diplomáticos. La autora realiza una oportuna crítica de fuentes señalando que las cartas, por ejemplo, llevaban un mundo de noticias pero también comunicaban un mar de rumores.

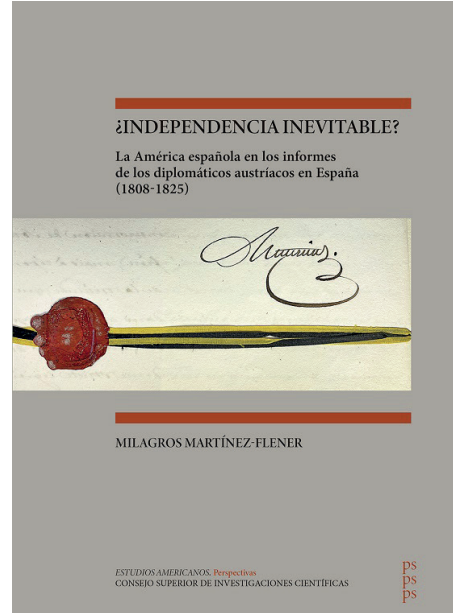
En este capítulo la autora también propuso una periodización de los informes diplomáticos. La primera fase (1808-1809) se caracterizó por la invasión francesa a España, la deposición de los reyes Carlos IV y Fernando VII a favor de José I Bonaparte así como el envío de reportes escuetos y esporádicos a Viena. En la segunda fase (1810-1813) los diplomáticos comunicaron con mayor frecuencia las noticias de los levantamientos americanos y del papel de la

Junta Suprema Central y del Consejo de Regencia que gobernaron en España ante la ausencia del rey. La tercera fase (1814-1819) se caracterizó, según la autora, por el aumento de la rebelión en América (salvo 1815 que los informes poco comunicaron sobre el proceso independentista americano). En la última fase (1820-1825) disminuyeron los informes respecto a América debido al Trienio Liberal de España (1820-1823) al grado que la batalla de Ayacucho o la independencia de Charcas no fueron notificados.

El tercer capítulo denominado “Sin marina, sin ejército, sin finanzas. La explicación austríaca de la independencia”, es un esfuerzo para explicar a través de los ojos de los diplomáticos, las causas de la imposibilidad española de pacificar sus territorios sublevados. Aquí se esbozó la falta de recursos financieros, reclutas y embarcaciones para reconquistar los territorios rebeldes así como la corrupción de las autoridades españolas. Las naciones americanas, por su parte, entregaron patentes de corso que afectaron la economía española en los mares del Caribe, el Pacífico y el Mediterráneo obstaculizando también la reconquista española. Estos elementos económicos y militares contestan a la pregunta de la primera parte del título del libro, sí fue

una independencia inevitable la de la América española.

Ahora bien, escribir un libro cuyo espacio geográfico abarcó dos continentes y múltiples procesos político-militares requería dominar tres contextos específicos: el europeo, el español y las independencias americanas. El trabajo denota un conocimiento loable de los dos primeros, sin embargo, el tercero resulta ambiguo, impreciso, fragmentado y escueto. Es evidente la necesidad de un cuarto capítulo que esbozara los procesos de independencia de la América española. Esto hubiera ayudado a la autora a presentar una visión equilibrada y heterogénea de las independencias americanas en los reportes diplomáticos. Martínez, por ejemplo, en la tercera fase de las revoluciones americanas (1814-1819) afirma que “sobresale por la expansión geográfica de la insurgencia en la América española” (p. 105). Esta periodización no puede ser homogénea dada la experiencia particular de cada levantamiento. Para el caso de la Nueva España, por ejemplo, existen tres periodizaciones que no concuerdan con la propuesta de Martínez. En 1810-1811 dominaron Miguel Hidalgo e Ignacio Allende. En 1811 destacó el cura Morelos hasta su muerte en 1815 que dio paso a la fase de fragmentación del movimiento rebelde en guerrillas hasta la



consumación de la Independencia en 1821. La última fase es la expulsión del ejército realista de Veracruz en 1825.

Este capítulo adicional hubiera dado mayor claridad a su narración descriptiva. Se requería entender cómo, quién, dónde y cuándo sucedían hechos históricos que los diplomáticos referían y que la autora no siempre precisó, dejando lagunas bastante profundas en su texto. En efecto, no se hace referencia al proceso de autonomía y de independencia de la provincia de Buenos Aires, a las revoluciones del Caribe o al proceso militar del virreinato de la Nueva España (a la que constantemente llama

México siendo esto anacrónico pues no existía como entidad política). La autora comete imprecisiones al asegurar que entre 1810 y 1813 “la Corona seguía teniendo dificultades para enviar soldados a América” (p. 94). Sin embargo, en 1812 España remitió 61 oficiales, 1 233 soldados y 30 armeros a la Nueva España que participaron en el famoso sitio de Cautla contra el cura Morelos.<sup>2</sup>

Asimismo, la información proporcionada a Viena por los diplomáticos requería de un examen acucioso para desmentir, verificar y corroborar hechos. Si bien la autora está consciente de que mucha información podía ser manipulada, deformada o descontextualizada, además que debemos considerar que llegaba tarde debido a meses de navegación, no hizo un esfuerzo por separar el rumor, la tergiversación y el hecho concreto. Por ejemplo, la autora debió precisar que el ejército realista en Nueva España había perdido Acapulco en 1813, dado que la *Gaceta* informó, por el

contrario, que los realistas habían derrotado a los insurgentes en 1814 en Acapulco.

Por otro lado, Martínez afirmó que los reportes diplomáticos austríacos priorizaron las noticias de los virreynatos de la Plata, Nueva Granada, Nueva España, la capitanía general de Venezuela “y, esporádicamente, la Real Audiencia de Charcas” (p. 94). La autora, curiosamente, centró su atención en la Real Audiencia de Charcas y en el virreinato de Perú. Esto hizo que su trabajo se presentara de forma desequilibrada. Ejemplo de ello es la elección del corte del estudio en 1825 con la batalla de Charcas (alto Perú). El año de 1825 pudo también ser empleado si consideramos que México expulsó a los españoles atrincherados en la fortaleza de San Juan de Ulúa, el último bastión realista en América del norte. El corte de la investigación de Martínez pudo ser el año de 1833 con la muerte del monarca absolutista Fernando VII, pues esto dio pie al reconocimiento de las independencias americanas por España *sine qua* el Vaticano no daría el suyo.

La autora debió reflexionar desde la perspectiva político-militar en torno a qué posesiones españolas de ultramar eran prioritarias para pacificar o reconquistar dado que sus recursos humanos, militares, navales

● ●  
<sup>2</sup> Christon I. Archer, “Soldados en la escena continental: los expedicionarios españoles y la guerra de la Nueva España, 1810-1825”, Juan Ortiz Escamilla, *Fuerzas militares en Iberoamérica siglos XVIII y XIX*, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, p. 145. Otra imprecisión de Martínez fue que llama a la fortaleza de “San Juan de Ulloa” (p. 135) en lugar de “San Juan de Ulúa”.

y financieros eran finitos. Martínez centra su atención en Sudamérica pero no sustentó las razones por las cuales dio tanto espacio a su estudio. Desatendió el Caribe y la Nueva España. El primero representaba un punto geoestratégico trascendental dado que sus muelles eran un punto de anclaje obligatorio para dar mantenimiento a las embarcaciones, contratar personal (capitanes, calafates, marineros, cocineros, etc.) y reabastecer municiones, alimentos y agua potable. La segunda, por su parte, poseía el puerto más importante de la América española y la actividad argentífera más productiva en el siglo XVIII y principios del XIX. Josefina Zoraida Vázquez, además, apunta que la Nueva España servía como puente en el comercio entre Asia y Europa.<sup>3</sup>

Militarmente hablando la Corona española presentó interés por resguardar Cuba y la Nueva España antes, durante y después de las guerras de independencia americanas. Durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), Cuba resultó capturada por los británicos pero, concluido el

conflicto, devuelta a los españoles. La Nueva España, por su parte, fue fortificada para defenderse o auxiliar a Cuba de un nuevo ataque británico. Durante la guerra de Independencia, la Corona española envió continuamente tropas veteranas de las guerras napoleónicas a la Nueva España para someterla hasta la aprehensión y muerte del cura Morelos que representó la mayor amenaza insurgente en la Nueva España (cuestión no precisada por la autora). La independencia de México en 1821 no significó un cambio significativo en la política española respecto a sus (ex) posesiones de ultramar. Por esta razón continuó pertrechando y enviando refuerzos a la fortaleza de San Juan de Ulúa hasta 1825.<sup>4</sup>

Como señala Romana Falcón,<sup>5</sup> la independencia de México significó debilitar el primer dique de contención contra la marea del norte WASP (White, Anglo-Saxon and Protestant). El mundo católico, latino y la lengua española en América resultaban amenazados por el federalismo, la lengua inglesa y el protestantismo

<sup>3</sup> Josefina Zoraida Vázquez, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, tomo II: *México, Gran Bretaña y otros países*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Internacionales, 2010, p. 115

<sup>4</sup> Juan Ortiz Escamilla, *El teatro de la guerra. Veracruz, 1750-1825*, Xalapa, Universidad Veracruzana/Universitar Jaime I, 2010, p. 253.

<sup>5</sup> Romana Falcón, *Las rasgadasuras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1996, p. 15.

estadounidense que incomodaban a la Santa Alianza de la cual España era parte. En 1829 Fernando VII llevó a cabo una expedición de reconquista a México pero fracasó. La debacle, sin embargo, patentizó que este lugar representaba uno de los mayores puntos de interés de la Corona.

El libro en ocasiones presenta argumentos contrapuestos. Por ejemplo, la autora primero afirmó que Austria poseía un interés “no solo comercial” (p. 11) por América. Después señaló que, si bien no encontró documentación que sustentara esta afirmación, Austria poseía intereses mercantiles en América (p. 42). Dichas aseveraciones resultan confusas dado que la autora también señaló que “Austria no tenía mayor interés ni por España, ni por América” (p. 41), salvo si España o sus posesiones ultramarinas representaban una amenaza al *status quo* europeo. Más adelante Martínez afirmó que la política de Austria, desde el siglo XVIII, tenía los ojos puestos en los Balcanes y Turquía, su política era “continental” (p. 43). Posteriormente la autora sentenció que el reconocimiento austriaco de varios países sudamericanos en 1842 abrió las puertas a la inmigración austriaca “pero no al comercio” (p. 51). Esta ambigüedad argumentativa hace preguntarnos si ¿el comercio ameri-

cano era realmente importante y de envergadura para Austria? Para intentar responder este cuestionamiento, valdría la pena preguntarnos primero ¿cuáles eran las industrias austriacas? ¿cuáles eran las principales casas del comercio al mayoreo en el extranjero? y ¿cuáles las principales rutas marítimas mercantiles de Austria?

El bloqueo continental de Napoleón Bonaparte contra Gran Bretaña destruyó las redes comerciales entre Austria y América. Entre 1818 y 1820 ya había buques austriacos en Rio de Janeiro lo que Martínez interpreta como un síntoma del resurgimiento del comercio austriaco en América. Sin embargo, la autora asume que el barco de una nacionalidad transporta, por extensión, mercancías de su propia nación. Eso resulta dudoso hasta que se demuestre lo contrario, pues las mercancías prusianas eran transportadas a América en buques británicos, no en buques prusianos.<sup>6</sup> En conclusión, la autora no demostró los supuestos intereses comerciales de Austria sobre la América española como Bernecker sí lo hizo para el caso de Prusia y la Nueva España-México

6 Verena Radkau, “Situación económica y social en Alemania, 1800-1875”, Brígida von Mentz et al., *Los pioneros del imperialismo alemán en México*, México, CIESAS, 1982, pp. 43-44.

(la venta de paños).<sup>7</sup> Si los mercados americanos no eran importantes para Austria, ¿cuál era su interés en el Nuevo Mundo? Esta pregunta quedó en el aire pero empapada de afirmaciones contrapuestas.

La autora señala reiteradamente que los diplomáticos austriacos poseían una perspectiva crítica de la situación española. ¿No había un sesgo subjetivo en los informes diplomáticos? Las crónicas de viajeros europeos, como la del austriaco Isidore de Löwenstern que vino a México en 1838, hacen preguntarnos si también los diplomáticos austriacos poseían

un sentimiento de superioridad racial hacia lo hispano. Finalmente, parte del título del libro no concuerda con su contenido (*La América española...*). Por contraste, a lo largo de su estudio constantemente refiere al proceso de independencia de Brasil que fue la primera nación americana en obtener el reconocimiento de Austria. El libro debería intitularse más bien la América Iberoamericana.

**ELIUD SANTIAGO APARICIO**

ORCID: 0000-0002-6830-7346

Universidad Autónoma Metropolitana,

Unidad Iztapalapa

ayax1945@live.com.mx

● ●  
<sup>7</sup> Walther Bernecker, *Alemania y México en el siglo XIX*, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras/El Colegio de México/Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2005, pp. 15-54.

**D. R. © Eliud Santiago Aparicio, Ciudad de México, enero-junio, 2025**